

IV CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
“GRUPO ITEVELESA”

Paraíso 24

"Otro amanecer blanco en el paraíso. Esperamos que hayan descansado, les adelantamos las noticias de hoy..."

Apago la alarma y miro por la ventana. La salina se extiende hasta donde alcanzan mis ojos, y los pequeños charcos reflejan el cielo tan nítidamente, que el horizonte no se distingue. Un único árbol se yergue a escasos metros del perímetro de la torre, cuya sombra se proyecta sobre la blancura de la salina y marca el momento del día como si de un reloj de sol se tratara. La envergadura y esbeltez del árbol contrastan con su más que visible fragilidad. Los fuertes vientos salinos de la zona lo habrán dejado así de seco, y de hecho parece tan frágil que me extraño al pensar que pueda llevar aquí mucho tiempo.

Trato de recordar cuándo fue la primera vez que lo vi y es en ese momento cuando me doy cuenta de que no lo puedo saber. De que lo único que logro recordar es ese profundo chirrido agudo.

A mi alrededor, una sala igual de blanca que la salina, tal vez incluso más. La dimensión de la sala es cuadrada, los techos altos, casi podría decir que es un cubo. No hay atisbo de ningún tipo de decoración, paredes lisas, mi cama es grande y a un lado, una mesilla con un cuaderno extrañamente alargado. Su aspecto raído y apagado llama tanto la atención en la pulcritud de la sala, que me veo obligado a cogerlo. Al abrirlo puedo notar que las hojas del cuaderno están unidas unas a otras, de manera que empiezo a desplegarlas hasta que el contenido se encuentra totalmente extendido sobre la cama ocupando casi su totalidad. Ante mí, una amalgama de dibujos, anotaciones y diagramas se muestran de manera caótica pero de algún modo ordenada, siguiendo un patrón que no alcanzo a comprender.

"Dicen que quieren curarte pero no es así." "El chirrido es culpa suya, todo esto es culpa suya." "¿Quién es I.T.V.?" "Hoy los gatos me han vuelto a

interceptar en el nivel cuatro.” “Hay más de una torre. De la nuestra no se puede escapar.”

Los diagramas unen y tachan muchas de estas anotaciones, como queriendo falsarlas, y entremezclados, hay dibujos de personas de reducida estatura ataviadas con cascos y sonrisas vagas.

No entiendo nada de lo que está sucediendo. ¿Desde cuándo estoy aquí? Se supone que ya he intentado escapar de la torre y no lo he conseguido ¿Es eso lo que tengo que hacer? ¿Tengo que huir?

Mis pensamientos se interrumpen con la entrada de dos personas a la habitación. Son extremadamente esbeltas y su uniforme va a juego con los tonos de la sala, de la salina, de todo en general. Llevan el rostro tapado con máscaras planas y translúcidas de manera que no puedo ver lo que se esconde detrás. Una de ellas introduce la mano en el único bolsillo de su uniforme y de él saca un bolígrafo. Mientras me lo muestra, la otra persona pliega religiosamente el contenido del cuaderno y con él en la mano, se sitúa frente a la puerta de la habitación. Permanezco inmóvil, casi petrificado hasta que con un gesto me invitan a salir de la sala.

El pasillo por el que andamos es largo y ligeramente curvado, de manera que no puedo ver lo que se encuentra al final. La persona que tiene el bolígrafo camina por delante de mí, mostrándomelo en todo momento. La que tiene el cuaderno va detrás y tengo la sensación de que analiza todos mis movimientos. Yo, en el centro, intento adivinar adónde me pueden estar llevando... o escoltando. Sin duda esta segunda opción sería mucho más apropiada. El pasillo parece no tener fin, y a ambos lados del mismo, se suceden innumerables puertas que seguramente den a salas como en la que me encontraba yo. La luminosidad de la oscuridad por la que avanzamos comienza a aumentar gradualmente hasta un punto en el que

prácticamente no soy capaz de ver por dónde avanzo y cierro los ojos. Tras unos segundos de incertidumbre, los abro y puedo apreciar la inmensidad del lugar en el que me encuentro. Una sala de grandes dimensiones repleta de vegetación se muestra ante mí. Hay un pequeño estanque, puedo visualizar las paredes del fondo pero están muy lejos y al mirar al techo puedo ver que nos encontramos en un espacio al aire libre, con un cielo rosáceo que le da un toque melancólico a las plantas del lugar. Frente al estanque, hay una pequeña mesa a la que parece que nos dirigimos caminando. Me invitan a que me sienten, ponen el cuaderno encima y la persona que lleva el bolígrafo me lo tiende para que lo coja. Algo dubitativo, alargo la mano para agarrarlo sin saber qué pretenden ni qué esperan de mí. Y se van. Me quedo sólo en esta sala inmensa rodeado de plantas.

Entiendo que si me han dado el bolígrafo es para que escriba algo, pero no tengo ni idea de qué puede ser. Releo algunas de las anotaciones del cuaderno para ver si ahí encuentro alguna pista y al igual que antes, lo único que me asaltan son más preguntas. Podría haber intentado hablar con las personas que me han traído aquí, tal vez ellas podrían haberme aclarado algo, tal vez podrían haberme dicho qué hago aquí, quién soy, ¿acaso me encuentro preso? ¿Están intentando curarme de verdad? Me tumbo en un parterre de césped cercano al estanque mirando al cielo e intento ordenar mis ideas. Es algo frustrante, porque cada vez que trato de recordar algo, de volver atrás en los acontecimientos, de saber incluso si es la primera vez que he estado en esta sala, sucede lo mismo. El chirrido agudo que esta mañana retumbaba en mi cabeza vuelve cada vez que intento recordar. De este modo me limito a construir mi realidad con los acontecimientos más recientes, con lo poco que sé. Tras un largo rato meditando, quién sabe si horas, me encuentro con fuerzas como para levantarme y anotar una única cosa en el cuaderno. Lo doblo con la misma

meticulosidad con la que vi doblarlo esta mañana y me tumbo de nuevo antes de quedarme dormido.

* * *

"Otro amanecer blanco en el paraíso. Esperamos que hayan descansado, les adelantamos las noticias de hoy..."

Apago la alarma y miro por la ventana. Un árbol que me resulta vagamente familiar llama mi atención cuando un insoportable chirrido agudo y profundo nubla mis sentidos. Este chirrido, el árbol... el cuaderno. Lo cojo de la mesilla cercana a la cama y lo extiendo lo más rápido que puedo. Se nota que el cuaderno es antiguo porque a pesar de la brusquedad que empleo las hojas no suenan lo más mínimo, es como si estuvieran amaestradas por el uso. Una vez extendido sobre la cama, ante mis ojos, sólo hay mensajes y dibujos tachados con gran precisión y pulcritud, lo que me transmite una extraña tranquilidad. El contenido se arremolina desde los extremos de la gran hoja hacia el interior, y el tumulto de escrituras da paso a un gran y único mensaje situado en el centro de la misma. Una única anotación que no está tachada.

"No dejes que te curen. Tienes que escapar de aquí"

No comprendo esta dicotomía. Curarse se supone que es algo bueno, ¿no? ¿He sido yo quien ha escrito esto? Medito un rato las palabras que acabo de leer mientras ese intenso chirrido retumba en mi cabeza y es entonces cuando lo tengo claro. Sea quien sea el que ha escrito esto, se encuentra dentro de la torre y sabe más que yo. Si ha tachado todo lo que había en el cuaderno menos ese mensaje, es porque escapar es lo único importante. Escapar para que no me puedan curar, pero, ¿curar de qué?

Examino minuciosamente mi cuerpo y parezco una persona sana. La piel algo blanquecina me indica que tal vez paso demasiado tiempo en esta sala. Aparentemente todo está bien, aunque no encuentro un espejo en el que poder mirarme de manera que decido focalizar la atención en mi nuevo y ambiguo objetivo.

¿Cómo se escapa de una torre? Juzgando lo que veo a través de la ventana estimo que me encuentro a unos treinta metros de altura, de manera que mi única salida es la puerta de la habitación. Instintivamente pienso dónde colocarme para abalanzarme sobre el primero que entre en la sala, pero resulta no ser necesario. La puerta está abierta y en el pasillo no parece que haya nadie que se preocupe de mí.

Mientras avanzo se van sucediendo infinidad de puertas. La gran mayoría se encuentran cerradas y están numeradas en la parte superior. Esta numeración va decreciendo, lo que me indica que habrá un momento en el que esto termine, un momento en el que llegaré a la puerta número 0. No sé qué me encontraré cuando llegue ahí, pero intuyo que es mejor avanzar en el sentido descendente. A mi derecha, están las salas con números pares, a mi izquierda, las impares. Me asomo a las pocas habitaciones que se encuentran abiertas, y comienzo a notar una clara jerarquía en su posicionamiento: las salas de mi derecha son amplias y los rayos de luz resbalan por sus paredes, atraviesan las motas de polvo del ambiente creando una atmósfera cálida y apacible. Las salas de mi izquierda son más pequeñas y sombrías, y las ventanas de reducido tamaño dan a un inmenso patio interior cilíndrico. Parece el patio de la torre, en el que se ven muchas más ventanas como desde la que me encuentro observando. En la parte inferior un vergel deshabitado crece de la manera más arbitraria que se puede imaginar y en la parte superior quién sabe. Las ventanas son tan pequeñas que por más que me agacho no alcanzo a ver el cielo, es

como si la torre se prolongase hasta el infinito. Me limito por tanto a mirar esa vegetación alborotada de ahí abajo y me acuerdo del árbol seco de la salina. Pienso en el vergel y el árbol como dos elementos antitéticos. El primero, totalmente resguardado de los vientos salinos, con un sobreproteccionismo que le hace crecer exageradamente, florecer sin control ni nada que lo limite. Por otra parte el árbol, totalmente expuesto, a la intemperie. Luchando por mantenerse erguido día tras día, ya sea vivo o en su actual estado de seco letargo. ¿Dónde está el término medio? Me pregunto si el vergel es un reducto natural de algo que ya no puede crecer ahí afuera. ¿Hasta qué punto somos responsables del Medio Ambiente? Me marcho con la sensación de que el vergel es como una venda puesta a destiempo, como una fachada que intenta ocultar otra realidad.

Continúo avanzando por el pasillo curvado cuando a la altura de la sala 404 veo una persona de gran estatura con máscara que parece estar haciendo un chequeo en una de las habitaciones. Nos encontramos inmóviles, mirándonos silenciosamente durante unos segundos antes de que la persona tras la máscara se de media vuelta y continúe con su trabajo. Sorprendido, reanudo la marcha sin entender lo que acaba de suceder. Si se supone que tengo que escapar de este sitio, debería haber alguien que se ocupase de evitarlo. Lo cierto es que no tengo la sensación de estar preso. Me voy encontrando a más trabajadores con máscara por el camino y muchos de ellos ni siquiera se dignan a prestarme algún tipo de atención, parece que entienden que yo no debería estar aquí pero al mismo tiempo asumen que no es de su incumbencia resolver el problema.

Avanzo, empiezo a notar signos de cansancio, no sé cuánto tiempo llevo ya caminando. Al pasar de largo por la sala 100 noto que el pasillo comienza a perder curvatura hasta el punto de que logro ver el final. Franjas de color rojo flúor nacen a ambos lados del corredor, y parecen prolongarse

hasta el final del mismo, como vías de tren que se juntan en un único punto del horizonte. Líneas que desembocan al unísono en ese lugar en el que no sé lo que me espera. El tono flúor de las líneas se intensifica, comienza a molestarme, y el chirrido agudo de esta mañana decide volver para hacerle compañía. A los pocos metros, me doy cuenta de que el resplandor y el sonido comienzan a ser insoportables, cuanto más avanzo más vulnerable me siento, y en un ademán instintivo vuelvo la vista atrás para ver si me encuentro sólo en esto.

A lo lejos, dos personas se aproximan hacia mí andando tan grácilmente que parece que van a cámara lenta, ¿debo echar a correr? Sigo avanzando lo más rápido que puedo, me encuentro agotado, el pasillo parece no terminar nunca y cada vez que miro atrás mis perseguidores se encuentran más cerca. El resplandor de las franjas rojas aumenta de manera proporcional a la intensidad del chirrido, camino como un autómata sin ver adónde me dirijo, con la esperanza de llegar al final para que pase lo que pase esto pueda terminar. Camino con los ojos entrecerrados y las manos en los oídos, el agotamiento me vence, creo que caigo de rodillas, me arrastro como puedo, todo es rojo a mi alrededor, el sonido es atronador, no tengo fuerzas para continuar, mis perseguidores me alcanzan, llevan máscaras de gato, me cogen a hombros, avanzamos hacia el final del pasillo y finalmente, me rindo.

* * *

Despierto en una sala tan oscura y amplia que no soy capaz de discernir dónde comienza y dónde termina. Delante de mí, una mujer morena me mira fijamente, como esperando a que me ubique para poder preguntarme algo, y en sus manos sostiene el cuaderno raído que me ha traído hasta aquí.

-¿Sabe por qué está aquí? –inquire sin apartar la mirada. Miro el cuaderno, recuerdo la luz roja y mi afán de huir de esta torre. Tengo muchas preguntas pero hay una que necesito formular antes que las demás.

-¿Es cierto que quieren curarme? –digo atropelladamente mientras mi interlocutora esboza una incómoda sonrisa.

-Sí, es cierto, es a lo que nos dedicamos aquí. Dígame, ¿por qué estaba intentando huir? ¿Sabe por qué motivo no quiere que le curemos? –. Trato de hacer memoria y noto que el chirrido ha desaparecido. Ahondo en mis recuerdos todo lo que puedo pero decido parar. La expresión de mi rostro debe haber respondido por mí, ya que noto que la mujer comienza a asentir con la cabeza.

-Permítame mostrarle las imágenes de la pasada semana en las que trató de escapar de nuestro centro clínico –dice mientras gira su cuerpo hacia la inmensidad de la sala. La oscuridad da paso a una reproducción panorámica en la que se muestra un pasillo alargado con luces de emergencia rojas en funcionamiento. Al fondo del pasillo, un hombre de avanzada edad avanza jadeando costosamente acercándose a la cámara y se derrumba lentamente antes de que dos personas uniformadas le levanten y le saquen de escena. Ese hombre, soy yo. Ahora entiendo por qué debía escapar. Ahora entiendo por qué no quería que me curaran.

-Le haré de nuevo la pregunta, ¿sabe por qué está aquí? –dice mirándome con compasión. Sé que no se refiere a la sala en la que nos encontramos, sino a por qué estoy en esta torre alejada de todo, a por qué estoy en prisión. No reacciono, y la sala vuelve a iluminarse para mostrarme lo que no quiero ver.

Es un día lluvioso y al fondo de la imagen, hay un autobús escolar aparcado frente a una estación de I.T.V. Los niños bajan ataviados con cascos que

seguramente les sirvan a la hora de poner en práctica lecciones de seguridad vial. Todos están felices a pesar de la lluvia. A lo lejos, un vehículo que reconozco perfectamente se aproxima a gran velocidad y frena en seco y en vano. El chirrido agudo e intenso de los frenos me resulta demasiado familiar, llevo conviviendo con él demasiados años. Algunos niños reaccionan a tiempo y miran el coche con estupefacción, son los niños que dibujé en el cuaderno. Del vehículo humeante desciende un hombre de mediana edad, y embriagado no solo por la catastrófica situación se lleva las manos a la cabeza.

Ese hombre, soy yo. Me llamo Ivo Taylor Valk, tengo setenta y ocho años y llevo más de veinte encerrado en esta prisión clínica. Aquí, sigo tratamientos para paliar el estado de demencia en el que me encuentro. En el que me encontraba. Formo parte de un programa experimental en el que se trata de revertir el proceso degenerativo de las neuronas para que las personas con demencia avanzada puedan reconstruir antiguos recuerdos. ¿Qué pasa si no se quiere recuperar nada? ¿Qué pasa si alguien prefiere esa llevadera ignorancia a esta pesada carga? Supongo que forma parte de la condena que cumplo, de una macabra casualidad en la que curar a una persona supone recuperar todo lo malo que hubo alguna vez en ella. Recuerdo la última copa antes de ponerme al volante...

* * *

"Otro amanecer blanco en el paraíso. Esperamos que hayan descansado, les adelantamos las noticias de hoy. En la prisión clínica *Paraíso 24* se han hecho importantes avances en el tratamiento de la demencia avanzada. Uno de los sujetos pertenecientes al programa, Ivo Taylor, ha respondido positivamente al tratamiento regenerativo al que llevaba sometido más de veinte años..."

Apago la alarma y miro por la ventana. La salina se extiende hasta donde alcanzan mis ojos, y los pequeños charcos reflejan el cielo tan nítidamente, que el horizonte no se distingue.